

Sus amigos recuerdan



” Me pasó con Joaquín lo mismo que con Jesús Díaz: dos maravillosos amigos que me duraron muy poco tiempo. Y a nuestra edad no es fácil hacer amigos, y menos de esa calidad. Con Joaquín tuve la suerte de poder intimar más; fueron más de tres años de comunicación casi semanal a través del catalítico por excelencia que es el Internet. Será por la informalidad a medias entre la rigidez del epistolario y lo efímero de la comunicación telefónica, la posibilidad de que todo se puede cambiar, que puedes escribirlo primero y pensarlo después, lo cierto es que puede acelerar una amistad que parece cimentada en largos años.

Juntos caminamos los inacabables vericuetos de la música cubana, disintiendo y asintiendo, discrepando y coincidiendo, soñando y planeando.

Aprendimos el uno del otro, comparando notas, puntos de vistas nacidos de ópticas muy distintas, pero animadas siempre por una insobornable e inagotable pasión por nuestra música y músicos. De manera que cuando nos vimos personalmente en Madrid, el verano del año pasado, era como si ya nos conociéramos de hacía mucho tiempo. Mi mujer y yo disfrutamos de su hospitalidad de buen criollo, de sus destrezas gastronómicas. Oyéndole la historia de su vida, que decía disimulando lo que fue una larga búsqueda de la libertad y la verdad, deambulando de país en país, cualquiera pensaría en un personaje amargado y descreído: y era lo contrario. Era candoroso, se asomaba al futuro con la ilusión de un chaval. Creía en él, creía en el hombre, creía en su patria, en su familia y en sus amigos.

Alcancé solamente a hablar con él, después de eso, una vez por teléfono. Me sonó animoso, sintiéndose que estaba remontando el mal que lo acosaba. No fue así. Me impresionaba su humildad, su escrupulosidad como investigador. Era un ser muy especial.

Cristóbal Díaz Ayala
[PUERTO RICO]

” Aquí estamos conmovidos. Demasiados golpes. Y muy, muy seguidos. Ahora ha sido Joaquín, quien por grandote y fuerte y joven aún parecía inmortal. Demasiado muy seguido. Pero *Encuentro* tiene que seguir. Ese caudaloso afluente y factor sin cuya presencia no podría hablarse con seriedad de la existencia de un debate político serio de las realidades cubanas, ese indispensable contrapeso no puede perderse, no debe. En cuanto a Joaquín, no me da miedo decirlo: aquí estamos asustados.

Rafael Alcides
[LA HABANA]

” Nada que pueda decir es suficiente para expresar el golpe al saber del fallecimiento de Joaquín. A pesar de que sólo intimé con él las cuatro o cinco veces que pasé por Madrid, desde el primer encuentro, ya era un amigo. Era fácil serlo, por su diafanidad, su bonhomía, y esa natural cualidad de hombre cultísimo, lo mismo en asuntos de la cultura que de la calle. Una de las cosas en las que pensaba al preparar un viaje a Madrid, era en el deleite de compartir de nuevo con Joaquín. Saber que en mis idas a Madrid ya no podré encontrármelo, me causa un gran vacío. El mismo vacío que sentirán los lectores de *Encuentro* y *Encuentro en la red*, que ya no podrán disfrutar de

sus penetrantes ensayos y de sus enjundiosas críticas musicales. Habrá que recopilar cuanto dejó escrito, publicado, y creo que mucho más sin publicar. Es el mejor homenaje que podemos darle a un excelente escritor y a un buen cubano. De esos que dejan un dolor indeleble cuando parten.

Enrique Patterson

[MIAMI]

” Me ha llegado hasta los huesos la muerte inesperada de Joaquín. No quiero recordarlo como un tipo inteligente, culto y muy por encima de todo, sino como mi socio de curdas en Madrid, de largas curdas hasta el amanecer.

Pedro Juan Gutiérrez

[CUBA]

” Acabo de leer el artículo de Lichi que contiene la más desgarradora noticia de estos tiempos. Joaquín. Lo que siento más es que como amiga me quedé corta y que no estoy segura de si alguna vez le dije lo mucho que siempre admiré su capacidad socrática para transmitirme sus conocimientos sin esperar nada a cambio, ¿cómo puedo olvidar la torpeza contradictoria de ese genio gigante que con las mismas manos que rompió la manigueta de mi «frigidaire» construyó una réplica de una tumba etrusca para cubrir la bomba de agua en la biblioteca del garaje...? En medio de mi injustificable marasmo melancólico pensé que las distancias y las separaciones (¿y el casi olvido?) eran sólo un espacio transitorio, y que de alguna manera nos volveríamos a ver, pero aquí está la realidad más brutal que es posible imaginar. Con Joaquín se va una pieza más de este rompecabezas para siempre incompleto.

Maruchi Delgado

[LONDRES]

” No por esperada, la noticia fue menos dolorosa. Ante la realidad que no quisiéramos aceptar no valen justificaciones. Sólo el recuer-

do alivia. Se nos fue el muchachote imaginativo y parlanchín que tanto tiempo aceptamos y ahora sobran las palabras. Guarden lo mejor de Joaquín y recuerden que desde aquí, nuestra Isla común, estoy compartiendo esa pena.

César López

[CUBA]

” Acabo de leer con tristeza y verdadera sorpresa el fallecimiento de Joaquín. Él nos alegraba la vida aun en medio de sus graves y tristes problemas cuando estábamos juntos, castigados, en la llamada Columna Juvenil del Centenario a principios de los 70, en Camagüey. Era sorprendente su estado de ánimo en medio de tal desolación, así como su espíritu optimista cuando todos estábamos totalmente por el piso. Recuerdo que en los peores momentos decía: «Vamos a leer a Borges para elevarnos sobre todo esto», y sacaba de su mochila ya bien *Ficciones* o «*Historia universal de la infamia*» que siempre llevaba consigo. Son sorpresas que uno quisiera evitar.

Miguel Angel Sánchez

[EE. UU.]

” La noticia de la muerte de Joaquín me dejó sin palabras, pues ni siquiera sabía que estuviera enfermo. Sólo tengo buenos recuerdos de él: nuestros encuentros cubanos en la casa de Marilyn Bobes, nuestro reencuentro en TV Educativa en Madrid, alguna juerga en Barcelona, *Encuentro...* Es extraño, pero no era un tipo que uno pudiera concebir que moriría.

Iván de la Nuez

[BARCELONA]

” Siento profundamente la muerte de Joaquín y lamento mucho que un hombre tan vital, joven e inteligente tenga que morir. Con Joaquín compartí momentos muy agradables, la primera vez que estuve en Madrid pude calibrar su temperamento de hombre

honesto, su ansiedad cultural, su capacidad de polemista en busca de la verdad. En este dolor irreparable, los acompaño.

Efraín Rodríguez Santana

[CUBA]

” Cada muerte es ya una mutilación. Es parte nuestra.

Emilio Ichikawa

[EE. UU.]

” Conservo de Joaquín todo el mensaje de jovialidad, confianza en el futuro, alegría de vivir, ratificación del empeño en seguir al frente, que manifestó en aquel almuerzo cuando despedimos a Jesús Díaz. Estoy seguro de que Jesús gustó de vernos a todos sentados en aquella mesa, haciendo nuevos compromisos para el futuro, con mayor coraje y decisión. Joaquín pensaría lo mismo. Las grandes pérdidas tienen que ser llenadas con el esfuerzo de todos los que quedamos en estas batallas...

Miguel Rivero

[PORTUGAL]

” Lo vi un día fugazmente en un programa educacional de tv Española que ya terminaba. Estaba buscando algo interesante, en una pausa que tuve en el trabajo, y lo que me llamó la atención —porque era una toma lejana del grupo de cuatro o cinco personas que estaban en el set— fue LA VOZ, en alta porque era como un trueno, ahora más suave. Se le veía muy bien, y hasta apacible. La madurez, supongo.

Iván Pérez Carrión

[CUBA]

” La reciente muerte en el exilio del intelectual cubano Joaquín Ordoqui García me arrojó de golpe a un día de enero de 1974, cuando lo conocí en un internado universitario de Alemania del Este, donde vivían rusos, iraníes, vietnamitas, palestinos y

libios. Era de mi edad, espigado, crespo, de ojos claros y vozarrón. Compartiríamos cuarto. Mis anteriores compañeros habían sido, en forma sucesiva, dos rusos adictos a cocinar con ajo y manteca, un alemán que supongo era de la Stasi y un excéntrico príncipe de Mali. Nunca más supe de ellos, pero con Joaquín, alumno de germanística de la Karl Marx Universität, las cosas fueron diferentes: a través suyo quedaría unido per sécula a Cuba. [...] Fue Joaquín quien, como describo en Nuestros Años Verde Olivo, me presentó en el internado a quien fue mi primera esposa y una de las causas para mi afebrado traslado posterior a la isla de Cuba. [...] Joaquín, considerado por los cubanos «tipo sospechoso», vivía en Leipzig bajo la mirada atenta de la seguridad cubana. Ésta, velando supuestamente para que sus jóvenes no fuesen reclutados por el enemigo, temía que el joven escapase a Occidente. Pero mi amigo, un tipo de cultura y memoria prodigiosas, obtenía buenas notas, criticaba con ingenio el socialismo real, bebía y rumbeaba generosamente, y conquistaba a muchachas despampanantes.

Un día, después de vestirse con un traje mío que jamás me pidió prestado, pero que le parecía digno de ser «socializado» por su aspecto capitalista, se enamoró de una bella polaca de ojos azules y pelo castaño, y salió en pos suya hacia Polonia sin avisar a la embajada cubana. ¡Gravísimo! Los cubanos tenían que solicitar permiso oficial para dejar incluso la ciudad. Confieso que nunca supe cómo cruzó la frontera germano-polaca, trazada por los ríos Oder-Neisse, resguardada por comandos y embarcaciones, pero lo cierto es que llegó a la Cracovia de su amante y pasaron los días sin que volviera.

Una tarde, mientras estudiaba en mi cuarto, se abrió violentamente la puerta e ingresó un tipo de gafas oscuras y trazas de policía político. Me preguntó por Joaquín. Mientras yo mentía sobre su paradero, comenzó

a registrar cajones. Lo inquietante era que en la puerta hacían guardia dos gigantones con el mismo aspecto policial. Era la G-2 en acción. Si yo venía huyendo de la Dina chilena, enfrentaba ahora su versión cubana. Tras examinar incluso los libros de mi anaquel y sustraer con desparpajo cartas y fotos del escritorio de Joaquín, el policía me dejó un teléfono por si yo averiguaba «algo», y pronunció su nombre: Tony. Años más tarde vi que Tony López exhibía importantes condecoraciones oficiales por «arriesgadas» misiones desplegadas en «el silencio». Una vez en la Isla y con Joaquín ya en La Habana, le pedí que fuese mi testigo de boda. Durante la boda Joaquín se permitió

observaciones irónicas ante ministros, bailó y bebió hasta que los mozos lo pusieron en la calle y durmió en una plaza de Miramar, donde le robaron los zapatos de cuero que le había regalado la polaca. [...] En 1987 Joaquín se exilió en Perú y en 1994 se mudó a Madrid, donde fue director de televisión y fundador de una asociación para el reencuentro cubano. Sí, acabo de oír que Joaquín Ordoqui murió. Su muerte en el exilio nos recuerda que para un demócrata no hay dictaduras justificables. Todas merecen nuestra repulsa y condena.

Roberto Ampuero

La Tercera

Chile [25-enero-2004]